

Felipe Castro Gutiérrez
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

PROEMIO

El pasado colonial chiapaneco ha sido siempre objeto de gran interés de parte de cronistas e historiadores, y hay buenas razones para ello. Sus grupos originarios pertenecen mayoritariamente a la familia mayanese, pero sus variantes lingüísticas, antecedentes mesoamericanos y características novohispanas son distintas a las de sus afines yucatecos y centroamericanos. La región también se asemejó al centro de México en muchas de sus instituciones -las alcaldías, los ayuntamientos, los curatos, los pueblos de indios - pero tuvieron un desarrollo propio y peculiar. Su configuración histórica estuvo muy asociada inicialmente al reino de Guatemala, pero fue formándose paulatinamente una identidad propia y distintiva, que permanece hoy día y resulta evidente incluso para el visitante casual.

El desarrollo de la historiografía moderna de Chiapas tiene mucho que ver con la aparición, a partir de mediados del siglo pasado, de historiadores de oficio que se ocuparon de revisar críticamente las crónicas y buscar documentos en archivos nacionales y extranjeros. En la historia novohispana, en particular, se ocuparon de temas que llegaron a ser «clásicos»: los hechos entre míticos y reales de la conquista, los grandes capitanes, la conflictiva y tortuosa fundación de ciudades, los ayuntamientos, la implantación de las encomiendas y la dificultosa evangelización, con la conflictiva intervención de los misioneros dominicos y la fulgurante presencia del obispo fray Bartolomé de las Casas. Así lo reconstruyeron, entendieron y explicaron autores como Manuel B. Trens, Robert S. Chamberlain y Gudrun Lenkersdorf, que siguen siendo de lectura muy necesaria.

Por otro lado, la conjunción de historia y antropología sentó las bases de muchas y originales contribuciones historiográficas, con el recurso a

nuevos conceptos, métodos y fuentes alternativas que permitieron rescatar la historia de los pueblos indígenas como agentes activos de su propio devenir, no solamente como «conquistados». Así, hemos podido apreciar la gran variedad de las respuestas nativas ante la instauración del orden colonial, que fueron desde la persistencia de «zonas de refugio», la adaptación, la resistencia encubierta en altares domésticos y cerros, hasta las ocasionales violencias colectivas y rebeliones, como notablemente la ocurrida en 1712. Jan de Vos abrió el camino con su *La paz de Dios y del rey: la conquista de la selva lacandona, 1525-1821* y le siguieron, entre muchos otros, Antonio García de León, Mario Humberto Ruz, Andrés Aubry, Dolores Aramoni y Juan Pedro Viqueira. Desde luego, también hubo una considerable influencia de chiapanólogos de otros países, como Henri Favre, Robert Wasserstrom, Murdo McLeod, Ulrich Köhler y William L. Sherman, porque la originalidad de la región ha sido motivo del interés académico en muy diversos ámbitos.

La obra que ahora presenta Martha Atzin Bahena Pérez muestra bien la riqueza, profundidad y complejidad de este contexto historiográfico. Le da asimismo un giro que, más allá de sus aportaciones a la reconstrucción del pasado, es de interés del punto de vista conceptual. En efecto, ha llevado métodos y perspectivas de la nueva historia política al estudio de las primeras instituciones chiapanecas, en particular el ayuntamiento y el obispado; y ha extendido muchas de las preguntas y perspectivas planteadas respecto de la sociedad indígena hacia la española. Como podrá apreciarse, establece un puente necesario por el que se transita de los conquistados a los conquistadores, de los encomenderos a los encomendados y de los misionados a los misioneros.

Cuando se trata de la sociedad española no es fácil abordar aspectos que no traten solamente de sus principales próceres e instituciones y en cambio ofrezcan una perspectiva social de la primera colonización. Contamos desde luego con las crónicas religiosas y los documentos oficiales, que proporcionan datos imprescindibles pero ofrecen una mirada que es tan parcial como fragmentaria. Para el historiador, las reiteradas presencias son tan intrigantes como las omisiones documentales, que en este caso tienen mucho que ver con personajes aparentemente de segundo rango, o bien los que lo intentaron, pero no consiguieron tener el lugar que esperaban en la nueva sociedad. El abordaje de estas perspectivas da ocasión a la autora para construir pequeños ensayos biográficos muy ilustrativos sobre distintas familias y personas que podrían haber pasado inadvertidas en una visión muy general, o centrada exclusivamente en el éxito o la movilidad ascendente. Permite, asimismo, referir circunstancias poco conocidas, como la presencia de mercaderes genoveses y portugueses, el contrabando de mercancías, las pugnas por el tributo y el servicio personal, la flagrante evasión fiscal y el temprano (y muy próspero) tráfico de esclavos indios.

Para construir estas historias y dar sustento a sus propuestas, Bahena Pérez ha recorrido extensamente los repositorios pertinentes en España, Guatemala, Chiapas y ciudad de México. Ha ubicado así cartas personales, informaciones de méritos y servicios, alegatos y transacciones comerciales que dan mayor claridad a situaciones que conocíamos de manera incompleta. También ha recurrido a testimonios que tienen mayor o menor interés por su contenido explícito, pero que por otro lado, empleados con inteligencia, iluminan aspectos que habían quedado en la penumbra analítica. Es notable, en

este sentido, la búsqueda sistemática de las relaciones que traía consigo el haber sido compañeros de armas en las primeras expediciones, así como los nexos del paisanaje (tan vigorosos en una España múltiple y diversa), del parentesco, del compadrazgo, de los estudios universitarios compartidos y, desde luego, los que provenían de los intereses materiales comunes.

No es para nada casual que estas relaciones personales aparezcan en documentos donde constan autos en favor de una persona o una causa colectiva. El perfil de los testigos da una imagen de los vínculos personales del aspirante o querellante y, también, de aquéllos con quienes quedaba obligado. Cuando esto se presenta gráficamente, resulta en una delicada y sutil telaraña de interacciones, donde algunos individuos resaltan como el centro donde se combinaban dependencias con lealtades, y cobran sentido las pugnas entre facciones por el control de recursos locales valiosos, como las encomiendas, los curatos o los muy ambicionados cargos del cabildo catedralicio.

Otras vías documentales son originales y dan resultados inesperados. La autora ha tomado la «relación» que presentaron los vecinos para solicitar al Consejo de Indias la fundación de un convento de concepcionistas para sus hijas, en 1588, para mostrar no solamente a los peticionantes, sino también la manera en que se clasificaban a sí mismos en un orden jerárquico en el que importaba la posición económica y la familia pero también el el mayor o menor «honor» de las personas. Si se agregan los muchos «estantes», «tratables» y «forasteros», todos en conjunto muestran una sociedad mucho más diversa de lo que habitualmente se considera al referirse equívocamente a «los colonos españoles», como si fuesen un grupo homogéneo.

Son, asimismo, aproximaciones que permiten emplear las perspectivas y métodos del estudio de redes sociales avanzados por Michel Bertrand y Jean Pierre Dedieu, con un énfasis particular: considerar no solamente a aquéllos que tenían un papel central y privilegiado en estas redes, sino asimismo a quienes no pudieron obtener lucrativas encomiendas ni buenos oficios, no pertenecían a las familias más prestigiosas o arribaron tardíamente a la provincia; y, también, a los caciques y mercaderes indios, que eran necesarios intermediarios para el mantenimiento del orden y el flujo de recursos. Sin todos ellos no podrían comprenderse bien las interacciones sociales que permitieron la consolidación y continuidad de Ciudad Real.

Estas dependencias, clientelas y patronazgos, como bien han mostrado José María Imízcoz y Zacarias Moutoukias para otros casos, creaban vínculos transversales que explican la vida social y política. Es posible así modificar el antiguo concepto de sociedades urbanas divididas en estratos puramente horizontales, cuyas relaciones parecían puramente económicas, casi mecánicas. Existía, como aquí podrá apreciarse, una peculiar moralidad de las dependencias jerárquicas, que combinaba la fidelidad hacia el patrono con la protección y fomento de familiares y «criados». Para las personas, en su momento, eran obligaciones social y personalmente obligatorias, casi contractuales – o al menos se esperaba que así fuesen.

Lo anterior señala precisamente uno de los conceptos claves de este libro: el de vecindad, que en la historiografía urbana contemporánea está tendiendo a competir seriamente con el ayuntamiento como objeto privilegiado de interés. Como lo mostraba el *Diccionario de autoridades* era un término de contenidos polisémicos pero relacionados entre sí: se refería tanto

a la proximidad, semejanza o coincidencia, como a la calidad en sí de «vecino». En este último sentido, como aclara la autora, no se refería propiamente (o no solamente) a una persona residente, sino ante todo a quien tenía formalmente ese reconocimiento, lo cual en esta época hacía gran diferencia. El tema tiene su expresión documental en las «cartas de vecindad», aspectos jurídicos (las obligaciones y derechos implícitos) y también se remite, que es lo que recientemente más nos interesa, al conjunto de personas asociadas por su radicación y pertenencia a una villa o ciudad.

Así, bien puede pensarse en la colonización del Nuevo Mundo como la formación de una miríada de vecindades. Por un lado representaban los intereses de grupo (por ejemplo, en la negociación de mercedes y honras) y por otro extendían la autoridad de los monarcas hasta provincias tan lejanas y apartadas como en su momento lo fue la de Chiapas. Efectivamente, era esta una región que en su momento fue considerada como «frontera». No se trataba evidentemente de la colindancia con otra monarquía, ni tampoco primordialmente que la jurisdicción oscilara entre la pertenencia a la Real Audiencia de México y su equivalente guatemalteco. Era, sobre todo, la presencia de indios «insumisos», incluyendo a algunos, como los de Pochutla, nominalmente sometidos pero que se negaban a pagar tributo o dar servicios personales, lo cual nos habla de las ambigüedades de la «conquista». Los conflictos intermitentes con los lacandones «infieles» que salteaban los «pueblos de paz» daban razón de este carácter liminal, pero como bien se señala aquí, eran guerras que no solamente dieron un carácter sobresaltado a la colonización, sino que también fueron discursivamente convenientes. Dieron pie, en particular, a un discurso colectivo que servía para reclamar exenciones, gracias y privilegios (y, más o menos disimuladamente, hacerse de esclavos, aunque estuviera prohibido). La presencia real o en ocasiones imaginaria en las costas de corsarios ingleses, franceses o incluso turcos reforzaba esta supuesta fragilidad del dominio español y la relevancia de un vecindario armado, presto a defender la religión y el vasallaje debido al rey, como leales súbditos que decían ser.

En conjunto, este libro presenta un panorama muy convincente de la fundación, desarrollo y consolidación de la «vecindad» chiapaneca, desde sus inicios hasta principios del siglo XVII que es cuando se consolidan arreglos y transacciones que perdurarían por largo tiempo. Por otro lado, más allá del caso particular, este estudio considera las conexiones de Ciudad Real con otras villas y ciudades, y permite abordar la discusión más amplia de las modalidades del poblamiento y la expansión hispana en regiones que no eran centrales ni metropolitanas, y que pasaban por ser comparativamente «pobres» del punto de vista hispano. Hay aquí una sugerente argumentación sobre la naturaleza y carácter de este heterogéneo Imperio, que cada vez nos resulta difícil de explicar sin considerar las realidades locales que lo componían y daban sentido. Tanto para el interesado en la historia chiapaneca como para el estudioso del establecimiento y consolidación del dominio imperial en el Nuevo Mundo, esta obra resultará de ilustrativa lectura y podrá apreciar su muy adecuado balance entre lo teórico y lo concreto, entre la reflexión analítica y la buena narración.